



Cristina Iglesia y Loreley El Jaber
(Directoras)
Noé Jitrik (Director de la colección)
Historia Crítica de la Literatura
Argentina. Una patria literaria
Buenos Aires
Emecé
2014
531 pp.



Javier Planas¹

Recibido: 22/03/2016
Aceptado: 16/04/2016

Los fundamentos letrados del pasado: exhumación e interpretación

Tras la publicación de varios volúmenes de *Historia Crítica de la Literatura Argentina* aparece su primer capítulo: “Una patria literaria”. Con esta entrega viene la infaltable declaración de intenciones y coordinadas teóricas que hacen posible la reunión de los empeños colectivos que brindan sustento a la empresa. Noé Jitrik, su director, se hace cargo de ese esfuerzo en una introducción que procura de distintas maneras enfatizar la búsqueda que se propone la obra: transitar por lo no sabido, com-

prender lo incomprendido. Esta pretensión, que implica abundar en materiales nuevos sin prescindir por ello de la lectura de lo clásico y sus derivas interpretativas, se vale de unos principios lo suficientemente amplios para dar cabida a todos los aportes y resguardar al mismo tiempo la coherencia que requiere una apuesta intelectual y editorial. Esta dificultad queda zanjada con la sutileza que sólo otorga la experiencia: los pivotes de Jitrik se desprenden de las mismas palabras que conforman el título de la colección. Así, la primera referencia establece una concepción del hacer heurístico asentada en la identificación del discurso historiográfico como relato. Una segunda escala remite al aire crítico

¹ Doctor en Ciencias Sociales (UNLP). Contacto: planasjavier@yahoo.com.ar

que alienta el trabajo, en especial –y como se verá a lo largo de toda la “saga”–, respecto de aquello que en términos generales puede identificarse con el sentido común académico. Finalmente, una interrogación por las producciones del lenguaje historiables, que no es otra cosa que volver a la pregunta por la literatura y, con la especificidad que solicita la construcción del objeto, por la literatura argentina.

Esa última cuestión es potente como búsqueda en “La patria literaria”, donde la crítica sale al encuentro del zócalo material que la hace posible –esto es, en palabras de Barthes, la grafía compleja que deja la práctica de la escritura–. Cristina Iglesia y Loreley El Jaber, directoras del volumen, trazan una presentación que vale como un mapa para guiar al lector por ese mundo distante y heterogéneo que se recorta entre las primeras crónicas de viajeros y exploradores en el siglo XVI, hasta las figuras de Esteban Echeverría y Pedro de Angelis, ya entrada la cuarta década del XIX. Entre un extremo y otro se constata la presencia de una variada gama de textos y personalidades que, en definitiva, ponen en escena la institución de un archivo. Esta fue la tarea que emprendió tempranamente el letrado napolitano, la misma que jugó un papel fundamental en la obra crítica de Juan María Gutiérrez y, también, aquella que con aires nacionalistas acometió Ricardo Rojas en las gestas del Centenario. Estas empresas, entre otras que tuvieron destinos menos conocidos o célebres, son objeto de revisión en las diferentes intervenciones que contribuyeron a dar forma a este libro. No es un azar la presencia incesante del archivo como una entidad problemática. Iglesia y El Jaber colocan en los cimientos de la historia de la literatura argentina la exhumación

y el acopio incansable de materiales ante la angustiante ausencia de un comienzo. La falta y el exceso son, entonces, los polos que brindan sentido a la agitación literaria, cuyos efectos no pueden escindirse, por la misma razón, de las maneras de abordar las producciones de aquellos tiempos.

Los trabajos que reúne la obra se agrupan en cuatro pasajes: “Desplazamientos”, “Ensayos y representaciones”, “Escritores” y “Lenguajes y saberes”. Cada entrada guarda sus particularidades, aunque ciertos problemas y tópicos son transversales. Uno de ellos es la cuestión indígena. Desde las narraciones expedicionarias que intercalan la fantasía mitológica con la descripción antropológica, hasta la socialización de *La Cautiva* en la trastienda de la librería de Marcos Sastre en el áspero contexto que supuso la consolidación de la cultura política del federalismo rosista para la generación del 37’, pasando por los ensayos de incorporación cívica y militar que anhelaron los letrados de Mayo, el tema aparece bajo distintas modalidades de análisis, con diversa intensidad y variedad de fuentes, propio de los marcos espaciales y temporales que cada investigación cubre. No obstante, dos elementos indisociables forman parte de los desvelos reflexivos de los autores y las autoras: uno es metodológico, y remite a la siempre conflictiva lectura de la voz indígena en los registros del blanco; el otro es alternativamente filosófico, político y humano: la otredad. Esta materia en particular tiene profundas implicancias entre las múltiples cuestiones que bordean los orígenes de la nación, que es en sí misma como un magma incesante de significaciones que de cuando en cuando salen a la superficie para producir algunas cristalizaciones tangibles. De estas irrup-

ciones, la idea de una literatura argentina se vuelve una preocupación constante.

Las cartas, las memorias y los informes producidos a partir de los viajes y las exploraciones que tuvieron lugar entre los siglos XVI y XVIII conforman el repertorio de documentos analizados en primer turno. El espacio, la inmensidad, lo desconocido, las ambiciones y las angustias son –además de la ya citada cuestión indígena– las claves para sumergirse en el imaginario de aquellos viajeros y comprender sus vidas, surcadas entre la disposición a la muerte que exige la aventura y las seductoras promesas de oro y grandeza. El resultado es aciago. Ya se trate de las incursiones al Río de La Plata, de las búsquedas en los confines patagónicos o de las travesías terrestres que conectan Buenos Aires con Perú, los testimonios vienen cargados de muerte. La supervivencia se torna realmente dura: el frío, el hambre y el miedo son lugares comunes en las crónicas. Las ansias de colonizar se diluyen en la aspereza de la vida. Los fracasos se reiteran. Pero las sucesivas apropiaciones escritas de la geografía y de las culturas que la habitaron fueron tallando un corpus de conocimientos y una experiencia de la dominación. Si en los relatos se agolpan las imágenes oscuras y los desgarramientos, en el largo de los años sus representaciones dieron forma, entonces, al dispositivo de la conquista. Esta es una de las constataciones que pueden extraerse de los análisis que tejen las autoras de este apartado.

Al llegar a las postrimerías del siglo XVIII también van quedando atrás las empresas épicas que sugieren de las expediciones. La segunda sección del volumen trabaja sobre una variedad de registros que, en conjunto, forman un

arco que se extiende desde la organización del Virreinato del Río de La Plata hasta la época rosista. Entre los ejes que conforman este pasaje se destaca, sin dudas, la problematización de las representaciones concretadas por los efectos de la Revolución de Mayo. Para sus contemporáneos, nada que haya acontecido antes o después de 1810 quedó sin ser teñido por los efectos de esta gesta. En este contexto, la extraordinaria producción escrita que le siguió fue tensando los resortes simbólicos que el transcurso de los años la ubicarían como el momento fundante de la nación y, con ello, una cantera de documentos que son analizados como “Patria literaria”. Los ensayos que abordan ese complejo y multiforme repertorio textual –hablamos de lo estrictamente literario, pero también de las memorias, las correspondencias, los artículos periodísticos, las declaraciones, los libelos, etc.– van tomando la apariencia que tienen las piezas de un rompecabezas, pero cuyo resultado no es la imagen de un cuadro listo para la exhibición, sino la figura de un pintor dando trazos y colocando colores aquí y allá. Los estilos retóricos, los relieves del teatro culto y popular, los discursos de los letrados radicales y moderados, los tópicos de la tradición y la revolución, los relatos sobre la “feliz experiencia” rivadaviana y las marcas de la extensión federal confluyen en una amalgama de temas cuya comprensión viene de las manos de nuevos puntos de vistas.

“Escritores” sigue los pasos analíticos precedentes. Luis Tejada y Guzmán, Bartolomé Hidalgo, Francisco de Paula Castañeda y Esteban Echeverría son puestos en primer plano para darle otra vuelta de tuerca a la huidiza cuestión de los cimientos de la literatura argentina (o, como indicará una de las

colaboradoras, los fundamentos letrados del pasado). En esa búsqueda las interrogaciones –en algunos casos abiertamente foucaultianas– sobre el estatuto moderno de la autoría y su relación con el concepto de obra sobrevuela la urdimbre de esta sección y, junto con ellas, emergen otros nombres propios: Ricardo Rojas y Juan María Gutiérrez. La tarea crítica que cada uno emprendió resultó, como se sabe, sustancial en la construcción del canon nacional y, por lo mismo, los autores y las producciones que contribuyeron a consagrar han permanecido desde entonces como objeto de las sucesivas interpretaciones del pasado literario, aun cuando estas se han hecho en sentido opuesto a los postulados e hipótesis que las llevaron a ese plano. El trabajo de Gutiérrez con los textos de Echeverría es un claro ejemplo de los efectos de un posicionamiento –o de una invención, como se dirá desde las apuestas más radicales–. Esa labor, paciente y esmerada, de archivo y composición, también es la que prevalece en el estudio de las figuras escogidas. Cada una de las intervenciones que componen este tramo deja en el lector la impresión de un pasaje: en un extremo, un cúmulo de papeles polifacéticos; en otro, la percepción de una obra.

El tramo final del volumen ahonda en los modos de producción, edición y circulación de los escritos, complementando en este sentido la interpretación del pasaje citado precedentemente. Esta línea de trabajo ha prevalecido como una variable analítica en el plan que sostiene *Historia Crítica...* y, en el marco temporal que recorta “Una patria literaria”, este dispositivo se vuelve fundamental. Una comprensión deficitaria de los procedimientos que hacían posible la elaboración de un texto y su posterior reunión con el lector

supone estar a un paso de caer en miradas anacrónicas. Por esta razón, la distancia que media entre el pasado y el presente es suturada a través de la puesta en escena de un conjunto de actores, prácticas y vicisitudes que contribuyeron a darle existencia a esos documentos que son, en definitiva, el núcleo de análisis de la obra. En esta jugada se incluye, entre otros aspectos, la siempre inquietante pregunta por los orígenes culturales de la Revolución de Mayo mediante el tráfico de libros heterodoxos, las disputas y los intercambios presentes en la sociabilidad letrada y, como cierre a un libro que es ante todo búsqueda, la tarea de Pedro de Angelis como editor de los textos coloniales –con todos los entresijos polémicos que esto supone.

En un balance general, la obra aporta lecturas originales a las discusiones clásicas, al tiempo que entrega, mediante el análisis de repertorios escasamente estudiados, una serie de constataciones, perspectivas, hipótesis y problematizaciones que, con seguridad, serán fundamentales para iluminar las próximas polémicas sobre la Patria Literaria.